

¿Oleanna, clásica o moderna?

XAVIER RUBERT DE VENTÓS

Los dioses griegos nos pueden admirar en su belleza y versatilidad, pero no nos hacen caer de rodillas. El Dios de Aristóteles movía las cosas y los hombres, pero no les amaba: de ahí precisamente el gran escándalo provocado por San Pablo en el Aerópago al predicar un Dios de amor.

Digo que el «Motor Inmóvil» de Aristóteles no amaba a los hombres, y añado que no podía amarlos porque la propia definición griega —y específicamente platónica— del amor es la de un proceso que va de lo menos a lo más perfecto, de lo inferior a lo superior. Los hombres podían pues amar a un ser superior, pero el ser superior no podía tener este mismo sentimiento hacia los hombres.

Hice esta advertencia en la presentación de la obra *Oleanna* de David Mamet. La obra desarrolla magistralmente el juego de equívocos que se produce entre un maestro y su alumna; el entramado de relaciones personales

que se inmiscuyen, y a menudo se interponen en la propia relación pedagógica. ¿Pero, es justo decir que se interponen ellos?

Platón pensaba más bien lo contrario. El estaba convencido de que debía existir «algún tipo de amor y de atracción» a fin de que la comunicación entre el maestro y el alumno fuera eficaz.

De ahí que, para seguir su principio de que amor es una relación de lo inferior hacia lo superior, él tuviera que subrayar la asimetría de esta relación:

el alumno ama el saber del maestro —superior al suyo— y el maestro ama al cuerpo del alumno —más joven, bello y sano que el propio—. Así es como cada uno ama aquello que en el otro le admira y sobrepasa. Así es como la relación erótica fluidifica y actúa de vaselina para la relación intelectual o pedagógica.

Hoy cuesta entender este dis-

curso. Hoy parece que se trate de dos cosas opuestas: o bien uno o bien lo otro, o bien erotismo o bien pedagogía. Y si ambos se mezclan, el peligro es que el adolescente se sienta asaltado por el maestro y, como en la *Oleanna* de Mamet, el maestro se vea denunciado por el adolescente.

¿Es ésta una alternativa insalvable? ¿Estamos condenados a movernos entre la asimetría clásica o en la incompatibilidad moderna?

Yo creo que que no. Es cierto, como decía Platón, que la relación intelectual requiere una previa apertura emocional, sensual incluso y en esto le siguieron desde San Agustín hasta Max Scheler. Pero no es cierto que esta apertura puede solamente darse hacia algo superior. Amor no es apertura «a lo más alto», sino simplemente a lo distinto y, en tanto, precisamente que distinto: *amo ut sis*, amo que seas.

El amor es precisamente el erotismo y su riesgo



Un gesto, hay que admitirlo, mucho más fácil de decir, e incluso de exaltar, que no de hacer.

Cuesta mucho, ciertamente, dejar de usar a las personas y cosas que nos rodean como instrumentos para afirmar nuestro narcisismo, y abrirse en cambio a todo aquello que en ellas nos azara y sobrepasa. Pero esto es precisamente el amor, el verdadero erotismo y su riesgo. Un riesgo que ya no es solamente que el fuerte «se aproveche» o de que el débil «denuncie»: es el riesgo que ambos corren de renunciar al propio equilibrio y apostar por un nuevo e hipotético que ya no podrán mantener cada uno por su cuenta. Y es entonces, sólo entonces, cuando descubrimos que Eros no es ni un obstáculo ni una tentación. Que ya no es funcional, como en al Grecia clásica, ni tampoco perverso, como en el mundo protestante en que se mueve *Oleanna*. Que no es tanto el atonamiento con aquello que nos pasa como el descubrimiento de aquello que nos sobrepasa.

Sin perder el origen...

CARLOS GALLEGO

No pude, cuando arribé a Madrid hace poco más de veinte años, seguir el consejo de Azorín, partidario de llegar de noche a una ciudad, mejor aún si la noche es bien oscura, para descubrir de un golpe de luz el amanecer del día siguiente. Bien a mi pesar, «atraqué» cuando despuntaba el día, empapado todavía de mar Cantábrico y arraigo marino, al «puerto» de Príncipe Pío, en uno de cuyos andenes desembarqué legañoso y aturdido, apretando en mi mano, como si de la perla más preciada se tratara, la dirección de una pensión con la que previamente había contactado a través de un anuncio en las páginas del «ABC», en el que se explicitaba su precio económico así como el servicio esmerado que brindaba a viajeros y estables. Pasados unos días en los que apenas salí de la monástica habitación preguntándome si mis grandilocuentes sueños no chocarían como restos de naufragio contra los acantilados de una ciudad que se me antojaba en extremo zozobante, fui tímidamente acariciando con pasos lentos su laberíntica geografía, con la temblorosa emoción con que el joven enamorado empieza a desplegar sus dedos por el cuerpo de su amada. En aquellos días inciertos, tan pronto mi caprichoso estado de ánimo se tornaba jubiloso y efervescentemente juguetón, como echaba anclas en las simas más profundas, en las que la tristeza y el quebranto me

envolvían sin miramientos ni compasión. Como esto sucedía-me cada vez más frecuentemente sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, comencé a frecuentar el Centro Asturiano, que era, junto con otras casas regionales, un acuifero oasis de exuberante floresta donde los inmigrantes llegados de las más diversas latitudes podían saciar la melancolía que les despertaba el terruño abandonado, descubrir nuevas amistades, emplearse en provechosas distracciones y restablecerse de ciertos espejismos que la ciudad produce, como si todo ello constituyera un cordón umbilical que a pesar de la distancia los mantuviera permanentemente anudados a su origen e identidad. En la actualidad hay

en Madrid treinta y cinco casas regionales que suman más de 30.000 socios, y aunque la supervivencia de estos singulares «consulados» es a menudo heroica, por los malabarismos que los intrépidos gestores han de hacer con sus economías nunca boyantes, bien se puede decir que sin hacer jamás proselitismo siguen siendo, y aun en el futuro serán, faros que guían a los inexpertos navegantes que habiendo zarpa-do de otros puntos, y carentes de rumbo, navegan en el piélago inmenso y en ocasiones aborras-

cado de Madrid. Son igualmente imprescindibles dinamizadores de la vida social y cultural de esta ciudad en la que sólo el año pasado propiciaron más de dos mil actividades, que van desde conferencias y conciertos hasta exposiciones y torneos deportivos, pasando por ediciones de revistas, muestras folklóricas y, obviamente, la promoción de la tierra a la que dignamente representan. Tras dos décadas en esta ciudad, que aspira a prolongarse indefinidamente, como queriendo insuflar su espíritu tolerante y casi libertario a otras muchas que

aún no se han desembarazado de su endogámico aldeanismo y de esos perversos filtros que a modo de fieltros imposibilitan la normal convivencia

entre los nativos y aquellos que desean echar raíces en ellas, algo he llegado a aprender: el furor por el lugar de nacimiento es pernicioso y lleva a los más turbulentos desvaríos si no somos capaces de ver en lo ajeno y diferente el perfecto complemento que nos enriquece y estimula, haciéndonos vislumbrar nuevos horizontes, sin perder por ello un ápice de amor sincero por nuestro lugar de procedencia. Aquí en Madrid no se pregunta a nadie de dónde es y menos aún se indaga por su perímetro craneal, grupo

sanguíneo y otras peculiaridades que tanto parecen excitar a los siniestros defensores de las eternas singularidades. De cuando en cuando, el tétrico ulular de multitud de sirenas nos hace presagiar, antes de que los noticiarios comuniquen el siniestro suceso, que otra vez los fanáticos de la muerte han vuelto a hacer de las suyas, ignorando que en esta ciudad nunca del todo sórdida, extravagante, fea, ruidosa, anárquica, farandulera, sucia, plebeya, y, sin embargo, con un inexplicable poder de sugestión que a muchos nos imanta gozosamente, extremeños, gallegos, andaluces, asturianos, senegaleses, argentinos, peruanos, filipinos, polacos y marcanos, cuando éstos gusten en visitarnos, estamos condenados a soportarnos y entendernos. Y a fe que lo conseguiremos, para escarnio de los iracundos profesionales del descuerdo y la soflama a los que de perlas les vendría hacer el Bachillerato de la vida por sus calles, en las que a pesar de todas las inconveniencias nos respetamos por encima de todo, haciendo de la paciencia un arte. Sin duda, el arte por excelencia que enaltece tanto a aprendices como a maestros, y empieza a dignificar a todos los que se sienten atraídos por él.

Artículo publicado esta semana en una edición especial de «Hoja del Lunes» distribuida en todos los diarios de Madrid, conmemorando el centenario de la Asociación de la Prensa.

Entre paréntesis

Indurain, el Grande

LUIS MEANA

Corona, bellamente, el récord. La France le pone sobre la cabeza su corona: desde hoy es ya zar de todas las Rusias. Cinco Tours consecutivos lo contemplan, marca que no pudo lucir nadie. Se pone a la altura de los mismos luceros: Anquetil —la rentabilidad estilizada—, Merckx —una ambición desmedida—, Coppi —rey al que le sobró hasta el número—; el resto digamos que ya es un costal de otra cosa. Indurain los supera a todos en la contabilidad tonta del número: cinco consecutivos. Pero las comparaciones verdaderas son más hermenéuticas que numéricas, por más que a esta sociedad boba le guste mucho creer que el número lo resuelve todo, cuando, en realidad, la comparación y medida verdadera comienzan cuando se acaba el número. Cuando Indurain circule hoy por los Champs Elisées, a la sombra de la idea del Prefecto Hausmann, el número lo dirá todo, pero, al mismo tiempo, no dirá nada. A los números habrá que añadirles interpretaciones: como ciclista, no es inferior a Anquetil —antecesor al que, con diferencia, más se asemeja—; tampoco seguramente a Coppi, aunque quizá sí lo sea frente a aquel monstruo insaciable de la bicicleta: Merckx. Sea lo que sea, estamos posiblemente ante el mejor deportista español de todos los tiempos. Ni Santana, muñeca de seda del hambre de posguerra; ni Ballesteros, flor milagrosa del «green» en un país desértico, han sido, habiendo sido mucho, tanto. Nos sale, no obstante, el récord en un deporte propio de sociedades de tracción animal, más que mecánica o electrónica. O sea, protoindustriales. Si todo este récord milagroso y absoluto pasara en el golf, deporte de formación de elites, o pasara en el tenis, deporte para formar líderes de sociedades liberales, podría hinchársenos la papada de las convergencias internacionales. Y podríamos cantar victoria. A estas alturas de la historia deberíamos estar fabricando Indurains del tenis, del golf, de los catamaranes o de los fórmula 1, pero, en vez de eso, estamos fabricando héroes de tracción animal, de la bicicleta. O sea, que también en esto andamos con el paso un poco cambiado y un atraso histórico. Nos sale el récord en un deporte agrario pensado para darle salida al genio encerrado en el campo. Lo curioso de todo esto es, sin embargo, que el «recordman» es mucho menos obsoleto que el «récord»: Indurain, líder de este deporte anacrónico, es, por sí mismo, extraordinariamente ucrónico y moderno: es un perfeccionista absoluto y un artesano perfecto de su oficio. El, más que el mismo récord o la misma bicicleta, forma nuestra verdadera convergencia: este hombre representa un tipo de héroe-artesano que se separa y se diferencia del héroe típico de esta tierra, que suele ser personaje de mucho pico pero de muy pocos hechos (tipo Márquez). Este navarro es, sin embargo, lo opuestamente contrario, y se asemeja, por eso, más a Suárez: es callado y modesto, vive sólo para la profesión y nunca se pavonea de nada. Otros, con mucha menos razón, montan una Universidad del pico. Así que aquí, más que nacemos un ángel o una estrella, como si estuviéramos en Hollywood, nos ha nacido, inesperadamente, Lutero: el perfeccionismo productivo calvinista. Dios quiera que, esta vez, la semilla agarre: que se nos clave en el pellejo la filosofía del método. Que es lo que hizo grande a Francia y por eso reinó un día en el mundo de la bicicleta: por cartesio. Del que sólo hay un paso hasta el atolón de Mururoa.

